

Mercedes Vaquero, *Tradiciones orales en la Historiografía de Fines de la Edad Media*, Madison, Wisconsin, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1990, 144 pp.

El no siempre bien comprendido proceso de formación de las crónicas medievales es el tema de este interesante libro, que se centra en dos leyendas —la de la condesa traidora y la de Sancho II— cuya pista sigue desde las versiones tempranas hasta las tardías. La cantidad y novedad de los materiales examinados es notable, estudiándose no sólo las crónicas más conocidas, como la *Crónica Najerense*, la crónica *De rebus Hispaniae*, de Rodrigo Ximénez de Rada, el *Chronicon mundi*, de Lucas de Tuy, la *Primera Crónica General*, de Alfonso X, la *Crónica de 1344*, etc., sino también muchas de difícil acceso, como el *Compendio historial de las crónicas de España*, de Diego Rodríguez de Almela, la *Crónica abreviada de España*, de Mosén Diego de Valera, la *Crónica brevemente sacada*, de Gonzalo de Arredondo, el *Libro de las bienandanzas e fortunas*, de Lope García de Salazar, el *Memorial de historias*, crónica anónima propiedad de la Biblioteca Casatenense de Roma, etc. Mercedes Vaquero señala cuidadosamente todos los cambios de estas leyendas según aparecen en las crónicas latinas y castellanas de los siglos XII al XV, observando que a veces los detalles nuevos de las crónicas no tienen ninguna fuente escrita conocida común, mientras que otras veces crónicas con fuentes conocidas comunes presentan idénticos detalles nuevos. Estos detalles aparecen también en romances carolingios, lo que la lleva a pensar en una tradición oral ininterrumpida y cambiante de poemas épicos y romances en la cual se inspiran los historiadores de cada época, los cuales toman lo que les conviene para expresar las preocupaciones y sueños político-sociales del momento. Los historiadores del siglo XV sencillamente continúan haciendo lo mismo que Pero López de Ayala, quien, en el siglo XIV, había utilizado romances en sus crónicas, Alfonso X, quien, en el siglo XIII, había utilizado poemas épicos en las suyas, y los crónistas latinos del siglo XII, que también habían recogido tradiciones orales en sus obras.

Vaquero compara ambas leyendas y encuentra que la de la condesa traidora circulaba en prosa y la de Sancho II en verso, llegando a la conclusión de que la transmisión oral no se limita sólo a un género. Para Vaquero, es indudable que hubo una relación simbiótica entre tradiciones orales y escritas a finales de la Edad Media y principios del Renacimiento,

presentando tanto unas como otras una creciente sentimentalización. Según Vaquero, el folclore no expresa sólo valores universales, sino también valores particulares de épocas concretas. De ahí, sus cambios, que no son más que actualizaciones para adaptarse a las nuevas circunstancias. En el caso de estas leyendas, Vaquero halla que la obsesión del conde Garci Fernández por la lucha contra los moros y el descuartizamiento del traidor Vellido Dolfos son ejemplos de actualizaciones que las sintonizan con las preocupaciones y sueños de esta época.

Vaquero establece un paralelo entre las crónicas y las novelas de finales de la Edad Media y principios del Renacimiento, descubriendo coincidencias tanto en cuanto al fondo como en cuanto a la forma. En cuanto al fondo, en ambos géneros es muy importante la lucha contra los moros. La conquista de Constantinopla por los turcos en 1453 fue un trauma para los cristianos, entre los que renació el espíritu de cruzada contra los moros. Este espíritu de cruzada se percibe en novelas como el *Amadís de Gaula* y en crónicas como el *Memorial de historias*, obras ambas inspiradas en *La Gran Conquista de Ultramar*, cuyo espíritu de cruzada conectaba con el espíritu de reconquista de la corte de los Reyes Católicos. La importancia de la *Conquista* en esta época me parece clara, como demuestra el hecho de que se publicase tan pronto, en 1503, cuando otras crónicas, como la *Primera Crónica General* o la *General Estoria* tardaron o no llegaron a publicarse. Creo, sin embargo, que la popularidad de la *Conquista* es esta época no se debe sólo a su espíritu de cruzada, sino también a los abundantes elementos folclóricos que presenta y a los valores políticos-sociales de tipo altamente conservador que defiende, ya que, en ella, los héroes, como el Caballero del Cisne y Godofredo de Bouillon, son herederos que merecen sus herencias, es decir, que hay una fuerte defensa del *status quo*, la cual resultaba muy del gusto de esta época. El folclore, pues, es un elemento actualizador, no sólo porque se renueva de acuerdo con la ideología de cada época, sino también porque cada época resucita el folclore que mejor expresa su ideología, como es el caso de la *Conquista*, crónica del siglo XIII cuyos elementos folclóricos expresaban unos presupuestos relevantes para los problemas de finales del siglo XV y principios del XVI, razón por la cual se imprimió.

En cuanto a la forma, ambos géneros utilizan los mismos recursos literarios. Vaquero indica que, por una parte, las crónicas se inspiran en las novelas y, por otra, las novelas se inspiran en las crónicas, considerándose «hystorias fengidas», en contraste con las «hystorias verdaderas», como las llama el autor del *Amadís* en el prólogo de esta obra, distinguiendo una tercera categoría, la de las «hystorias de afición», como la *Conquista*, es decir, las escritas por afición a los hechos narrados, los cuales se adornan con detalles extraordinarios. De acuerdo con Vaquero, los historiadores de finales de la Edad Media y principios del Renacimiento se proponen escribir «hystorias verdaderas», pero, de vez en cuando, dan cabida a leyendas orales en sus obras, es decir, detalles propios de las «hystorias de afición». La falta de distinción formal entre crónica y novela y la compleja relación entre historia y ficción percibidas por Vaquero en la literatura

de esta época es un fenómeno ya bien estudiado por Hayden White y Nancy Partner, entre otros, y que hay que tener en cuenta, si se quiere comprender el significado de estas obras. Esta situación empieza a cambiar en el siglo xv, que, por eso, es muy importante en lo que a la historiografía se refiere. En la historiografía castellana del siglo xv, los polos más opuestos son Pedro del Corral y Fernán Pérez de Guzmán. Corral escribe sobre un pasado remoto, la vida del rey don Rodrigo, y su obra es una «hystoria de afición» que representa el final del proceso de folclorización y sentimentalización de la historia. Pérez de Guzmán escribe sobre un pasado reciente, las vidas de sus contemporáneos, y su obra es una «hystoria verdadera» que representa el comienzo de un nuevo modo de hacer historia. Esta nueva historia no tolera ni comprende las «hystorias de afición». Por eso, Pérez de Guzmán ataca duramente a Corral, cuya obra califica de «trufa o mentira paladina», es decir, de «hystoria fengida». Para Pérez de Guzmán, no hay nada entre las «hystorias verdaderas» y las «hystorias fengidas», con lo cual Corral es un impostor que presenta una «hystoria fengida» por una «hystoria verdadera». El hecho de que la mayoría de sus contemporáneos tomase la obra de Corral por «hystoria de afición» y la leyese con agrado demuestra que los planteamientos de Pérez de Guzmán no se habían generalizado ni mucho menos. Entre Corral y Pérez de Guzmán hay una serie de historiadores poco conocidos y accesibles que escriben «hystorias verdaderas» en las que se incluyen algunos detalles propios de las «hystorias de afición». El libro de Mercedes Vaquero, que constituye un estudio serio y sólido de las obras de estos historiadores, es fundamental para entender la historiografía hispánica de la época de transición de la Edad Media al Renacimiento.

CRISTINA GONZÁLEZ

University of Massachusetts at Amherst

*Le Roman de Tristan en prose*, traducido al francés moderno por Marie-Luce Chênerie y Philippe Ménard, París, Librairie Honoré Champion, 1990, tomo I, pp. 181.

La editorial H. Champion acaba de incorporar un nuevo título a la colección «Traductions des Classiques Français du Moyen Âge»: *Le roman de Tristan en prose. I*, en traducción al francés moderno de Marie-Luce Chênerie y Philippe Ménard. El número de volúmenes publicados —cuarenta y cinco— es prueba de la importancia que la misma va cobrando, también en lo referente al mundo artúrico: se han vertido ya las obras de Chrétien, los *Lais* de María de Francia...; la *Queste du Graal*, traducida por E. Baumgartner, fue la primera realizada sobre un texto en prosa. Tal atención hacia la temática de Bretaña no sorprende en una colección al cuidado del profesor Jean Dufournet; tampoco el rigor, muy a tenor de lo que es habitual en los libros que Champion, o que Droz, vienen dando a luz.

Sorprende sí, quizá, que el *Tristan en prose* forme parte de una lista de clásicos cuya relevancia, y por tanto necesidad de hacer accesible el